

SECCION III.—Variedades.

LUISA LATEAU.

El 25 de Agosto del año pasado (1883), día de San Luis rey de Francia, murió en Bois-d'Haine, ciudad del Hainaut, una humilde doncella á quien el mundo indudablemente no pudo comprender, pero á la que mucho quiso Dios. Se llamaba Ana Luisa Lateau. Quiénes la conocieron bien saben la gracia y dignidad con que el Señor había dotado á esta pobre hija del pueblo, de quien quiso hacer una de sus más queridas esposas. Fué en sus manos un instrumento dócil que nunca se rebeló: era en efecto una de esas almas heroicas y fuertes de que se sirve Dios para el cumplimiento de grandes designios. Un día quizá podrá decirse la última palabra de la mision de Luisa; mision que bajo cierto aspecto se asemeja á la de Santa Lidwina de Holanda, y bajo otros, á la de Santa Catalina de Sena; mision que parece fué interrumpida bruscamente por la resistencia de los hombres.

Cosa es muy notable que no queriendo Dios que se le robe su gloria, asocie de preferencia á su obra á los más humildes y á los más pequeños. ¿Que era Luisa? Hija de unos obre-

ros desconocidos, obrera era ella igualmente despues de haber sido una criada, que no frecuentó sino algunos meses la escuela de su aldea, y que sumisa se plegó al yugo de un trabajo rudo; que conoció la miseria desde sus primeros años, habiendo tenido desde entonces á la pobreza como compañera fiel; en una palabra, falta de todo lo que dá aquí abajo, bajo el punto de vista puramente humano, la influencia y la autoridad.

Con estas circunstancias muy vulgares en apariencia, la ha escogido el Todopoderoso; la preparó desde su infancia á la mision que la destinaba; cultivó su alma que ya veía muy bella, inspirándole el amor á la oracion, al sufrimiento, manteniendo en ella el fuego de la caridad, y haciendo brillar muy pronto su abnegacion y su valor, en la época en que el cólera diezimaba á Bois d'Haine. Despues la trasportó á una esfera superior, á la region luminosa del éxtasis; la decoró con estigmas sagrados; hizo de ella un ángel de la tierra, puesto que vivía sin alimentos, sin bebidas, sin sueño, teniendo por todo pan cotidiano la santísima Eucaristía; la unió á los dolores del Hombre-Dios, la favoreció con íntimas comunicaciones, le confió algunos de sus secretos; y aun quizá la elevó [segun la opinion emitida por un sabio teólogo] hasta

el grado más eminente de la contemplacion infusa. [1]

Luisa desempeñó una parte de su tarea, y no dependió de ella el no haberla cumplido enteramente. Se vió presentada al mundo como un recuerdo vivo de la Pasion de Cristo; por su vida sobrenatural ha sido una elocuente protesta contra el materialismo contemporáneo; en fin, en esta época en que la impiedad que dispone de la fuerza pública, ataca á la Iglesia de Dios, ha sido una victima expiatoria, que contribuyó con sus sufrimientos á apresurar el momento del triunfo. Mas faltaba algo que hacer, un objeto que perseguir: Luisa estaba llamada á ejercer una accion exterior, y los pasos que tuvo que dar, principalmente en 1882, para obedecer al Divino Maestro, no eran por decirlo así más que el preludio de esta accion. Los hombres, lo repito, le han puesto obstáculos; y el Señor que jamas forza nuestra libertad, en cierta manera modificó su plan. Desde fines del año último había fundamento para creer que la resolucion divina se había aplazado. Luisa desde entónces [Octubre de 1882], entró en un periodo de indecibles sufrimientos, que á contar del 19 de

[1] Segun esta opinion que se apoya en serias observaciones, Luisa habría llegado efectivamente á la *union perfecta* y al *matrimonio espiritual* que el Verbo de Dios contrae con ciertas almas privilegiadas.

Enero de 1883, se convirtieron en una verdadera agonía, para terminar en esa muerte conmovedora el 25 de Agosto, mañana de la fiesta de San Luis, la siguiente al día en que acabó un augusto personaje, que hasta entónces había conservado Dios á fin de confiarle un día, si lo merecíamos, el cetro de la monarquía cristianísima.

Algun tiempo ántes de su muerte, decia Luisa Lateau: "El buen Dios hará conocer la verdad. El buen Dios se mostrará á su tiempo" Estas palabras pueden considerarse como su testamento. Son tales, que por su naturaleza harán reflexionar á los que quieran ahogar el grito de su conciencia; á los que han puesto trabas á la obra de Dios; á los que sintiendo no se qué malestar delante de esta pobre niña, convertida en confidente del Señor, la han insultado, la han calumniado, y ni aún su memoria respetan. "¡Dios se mostrará á su tiempo!" Ya se ha mostrado, y su diestra vengadora ha hecho ver ya, que no impunemente se toca á sus servidores.

Los espíritus preocupados ú hostiles que juzgan sin conocerla á la estigmatizada de Bois d'Haine, harian bien de estudiar su vida, tan sencilla y á la vez tan maravillosa: me atrevo á predecirles que no tardarian en cambiar de opinion, porque muy pronto distinguirían, tras el ve-

lo trasparente de esta existencia, á la adorable persona del buen Jesus, que todo lo ha dirigido, y con la que tuvo Luisa tantos rasgos de semejanza. Yo no dudo, por lo demas, de que la humilde doncella ruegue por sus detractores, y es el por qué espero que repararán más tarde sus malevolencias para con ella y defenderán su causa. La diócesis de Tournai debe mostrarse orgullosa de haber poseido semejante tesoro; pero me parece que toca principalmente á la familia de San Francisco, á la que pertenecía en calidad de tercera, hacerle justicia y defenderla.

Al derredor de su tumba reina un silencio lleno de recogimiento: es muy dulce arrodillarse en ella, ¡se ora tambien allí! Ya se han obtenido gracias, y hay la complacencia de creer que un dia exaltará Dios á la que ha sido fiel hasta lo último. La cristiandad sabrá quizá lo que El habia pedido á su sierva; lo que ella por su parte estaba dispuesta á hacer, aceptando para esto el vivir todavía aunque tuviese sed de morir; en fin, lo que ha impedido ó á lo menos estorbado la voluntad humana. Si yo confio en ello, Luisa será justificada, Roma sentirá agitarse sus entrañas de madre al recuerdo de la pobre obrera, de la humilde estigmatizada, tan admirable por los dones divinos que en ella brillaban; más admirable aún quizá por sus virtudes. Roma sacará del polvo en que algunos querian

sepultarla, la memoria de la dulce víctima que tanto amó á la Iglesia y tanto sufrió por ella.

Los Enemigos del Sacerdote.

He aquí una curiosa observacion: todos los pícaros y bribones, todos los comuneros, todos los petroleros, todos los plagiarios y gente de taberna, los de instintos sanguinarios, todos los de malas costumbres, asesinos y ahorcadores, todos son enemigos de los sacerdotes y mas aun de los curas. Tan cierto es el hecho, que si hay excepciones con pocas se contará.

Otra observacion: las gentes honradas, los hombres de bien, las personas caritativas, las personas honestas, estimables, delicadas, todas simpatizan con los sacerdotes, con los curas, y son respetuosos ante ellos. Si la observacion tiene tambien sus excepciones son muy contadas.

De ellas pues, y sin ir muy lejos, podemos sacar una consecuencia evidente, si bien poco lisongera para los enemigos del sacerdote, y es, que están en muy mala compañía, y que esto nada dice en su favor. Prueba además con evidencia, que no son lo que son sus enemigos, ni esto puede ser un buen signo. Cuando no hay lobos, no se aprende à ahuyar como los lobos.

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

Tom. 4.

Guadalajara, Abril 8 de 1884.

NUM. 31.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

El Santo Padre se ha dignado dirigir á Monñseor Gennardi, Obispo de Acireale, la carta siguiente:

“Venerable hermano, salud y bendicion apostólica.

La afectuosa carta que Nos habeis dirigido con motivo de las fiestas de Navidad, es una prueba de vuestro respeto y afecto.

Nos hablais con justo motivo, de las calamidades que en estos momentos sufre la Iglesia, la que á ejemplo de su fundador, se halla destituida de todo socorro humano, y siendo objeto de los más crueles tormentos de la envidia. Vuestra piedad y prudencia Nos alegran de corazon, y Nos probais que teneis que fortificar vuestro valor modelando vuestra conducta sobre la de Nuestro Señor Jesucristo, á fin de poder pelear las buenas guerras.

Nos, venerable hermano, estamos animados de los mismos sentimientos

en medio de tantas adversidades, y no cesamos de pedir al Señor, tan rico en sus misericordias, que nos dé las fuerzas suficientes para sufrirlas y aumentar nuestra paciencia, á fin de que nuestros dolores puedan servir para cooperar á la salvacion de los fieles y conversion de los que andan apartados de los caminos de la justicia.

Nos os deseamos la abundancia de los dones divinos, á fin de que podais sostener con valor y conducir á buen término esa parte de la batalla cuyo cargo se os ha confiado, y con la mira de aumentar vuestra fuerza, damos con todo el corazon, á vos, al clero y pueblo de vuestra diócesis, Nuestra bendicion apostólica.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el 27 de Diciembre de 1883, sexto de nuestro Pontificado.

SAGRADA

Congregacion de Ritos.

Con motivo de las augustas ceremonias y ritos de la presente Sema-